

CAPÍTULO XXXI

DE LA LIBRERÍA

DÁBASE antaño grandes cuidados a la transcripción de las recopilaciones científicas¹ y los demás escritos;² se les encuadernaba bien, y, para asegurar la exactitud de los textos, se les corregía bajo el dictado de hombres que los sabían de memoria, y se les fijaba la ortografía de una manera precisa. Aquello fue una de las consecuencias de la magnitud del imperio (musulmán) y de la civilización que deriva de la vida urbana. Pero esa costumbre ya no existe hoy: la ruina del imperio y la marcha regresiva de la civilización la han hecho desaparecer. Había sido sin embargo, muy propagada entre los pueblos musulmanes de Iraq y España, porque, desde todas las relaciones, ella era una consecuencia necesaria de la civilización muy avanzada que reinaba en dichos países, de la vasta extensión que ambos imperios habían tomado y de los amplios estímulos que los gobiernos daban a las letras. Las obras científicas y las recopilaciones (de todo género) se multiplicaron entonces, y, como se las buscaba con solicitud en todas partes y siempre, precisaba transcribir numerosos ejemplares, que se hacían encuadernar en seguida. He ahí cómo se formó el arte de los libreros, de aquellos individuos que trabajan en copiar los volúmenes, corregirlos y encuadernarlos, ocupándose, en fin, de todo lo que concierne a los libros y las compilaciones. Esto es un arte enteramente peculiar de las grandes ciudades, donde la civilización se halla bastante avanzada.

En los primeros tiempos, el pergamino hecho de piel preparada se empleaba para los libros en que se inscribían los conocimientos científicos y para los escritos emanantes del sultán, tales como despachos, títulos de concesiones y actas oficiales. Ese uso se mantenía gracias a la abundancia en que se vivía a la sazón,³ al reducido número de obras que se componían, y asimismo al muy limitado número de despachos y actas oficiales expedidos por el gobierno. Se empleaba únicamente el pergamino para los escritos con la mira de honrar al contenido y asegurar su autenticidad así como su duración. Más tarde, hubo un verdadero desbordamiento de obras originales, de compilaciones, comunicaciones y documentos oficiales, que la existencia en pergamino ya no bastaba para todo aquello. Fue entonces cuando

¹ En árabe, "diwanes (divanes) científicos". El autor quiere designar con estos términos las compilaciones de Tradiciones, de datos históricos, de explicaciones del texto coránico, de notas filológicas, de poesía y de nociones de todo género enseñado en las escuelas.

² La palabra "sidjillat" (pl. de sidjill), derivada del latín "sigillum", tiene varias significaciones; sirve para designar los documentos emanados de un tribunal, las actas oficiales del gobierno, los registros e incluso los libros.

³ El autor quiere decir que el consumo de la carne, como alimento, era bastante común, y que, por esta razón, las pieles no eran escasas.

siguiendo el consejo de Al Fadl Ibn Yahya,⁴ se fabricó el papel, y se utilizó para los despachos del sultán y los documentos oficiales. Desde ese momento el uso de esta materia se hizo general tanto para los documentos provenientes del gobierno como para los escritos científicos, y la fabricación del papel alcanzó un alto grado de perfección.

Tiempo después, las atenciones de los sabios y los alientos de los hombres de Estado se consagraron a esos textos suministrados por las compilaciones científicas y su corrección, bajo el dictado de personas que sabían de memoria el contenido de esos tratados y podían mostrar que el conocimiento de dichos textos les había llegado directamente de sus autores o compiladores, requisito importantísimo para toda Tradición cabal y segura. Por ello el dirigirse a tales individuos es un deber indispensable cuando se trata de restablecer un texto en su integridad primitiva. En efecto, es así como se demuestra que tales palabras provienen de tales personas, y que tal decisión emana de tal legista, quien, mediante el esfuerzo de elaboración personal (de bases escriturarias) en el texto del Islam, la ha creado. En tanto no se puedan verificar los textos haciéndolos remontar por (la serie llamada) "isnad" hasta los escribanos que los han compilado, no sería procedente atribuir tal palabra a tal persona ni tal decisión jurídica a tal legista.

Durante varias centurias y en bastantes países, los sabios y los eruditos se limitaron a ese trabajo, y a eso se debió que el arte relativo a las Tradiciones orales se redujera concretamente al mismo objeto. De hecho, los frutos más importantes que se habían sacado de este arte estaban ya perdidos: ya no se sabía distinguir (al primer intento) entre las Tradiciones, ni las "sanas", ni las "pasables", ni las "perfectamente apoyadas", ni las "laxas", ni las "interrumpidas", ni las "paradas", ni discernirlas de las Tradiciones "supuestas".⁵ La enjundia de aquellas nociones había quedado sin embargo en esos textos originales, de los cuales se reconocía universalmente la autenticidad; pero procurar localizar a dichos textos habría sido una pena inútil. La ventaja que se obtenía teniendo recursos a la transmisión oral era poder hallar las lecciones ofrecidas por los prototipos de los coleccionistas de Tradiciones, de tratados de jurisprudencia compuestos para el uso de los legistas, de compilaciones científicas, etc. De tal suerte se podía establecer exactamente la serie por la cual los textos nos han llegado ;pues sin ella, no se podrían citar como provenientes realmente de los autores a quienes se atribuyen. Este sistema (de trabajo crítico) ha dejado en Oriente y en España caminos aplanados y senderos accesibles. Algunas colecciones copiadas en aquella época y en dichos países existen aún y ofrecen ejemplos perfectos de corrección, exactitud y autenticidad. Se encuentran también en poder de algunos individuos unos manuscritos de añeja proceden-

⁴ Se trata del Barmecida que era visir del califa Harún Ar-Rashid.

⁵ Para la explicación de estos términos técnicos, véase: *infra*, libro VI, cap. VI.

cia, que muestran que en aquel entonces se había alcanzado el máximo grado de perfección en esta materia. En todas partes (del mundo islámico) estos manuscritos se han transmitido de generación en generación hasta el presente, y sus poseedores los custodian como preciosos tesoros.

En el Magreb, todos los rastros (de ese trabajo crítico) han desaparecido totalmente, porque el arte de escribir, de corregir los libros y determinar los textos, bajo el dictado de personas que los supieran de memoria, se ha perdido desde la ruina de la civilización y bajo la influencia de los hábitos nómadas.⁶ Se copian todavía allí algunas compilaciones y uno que otro libro clásico, pero son los "talibes" bereberes quienes los transcriben, con su ruda e inculca escritura. Estos volúmenes están en un estado tan bárbaro por la deficiencia de su escritura, las faltas de los copistas y las alteraciones del texto, que es imposible servirse de ellos y que, a excepción de rarísimos casos, son inútiles.

Las colecciones de decisiones jurídicas han sufrido iguales alteraciones, pues la mayor parte de los conceptos que allí se refieren no tienen ningún "isnad" que les haga remontar a los grandes doctores de la escuela (malikita), en este caso. Los copistas se limitan a tomar esas sentencias del primer tratado que encuentran a la mano. A consecuencia de ello sobrevienen las tentativas de algunos imames suyos, que han querido componer obras a pesar del raquítico conocimiento que poseían de este arte y las ausencias de las demás maestrías que son necesarias para la ejecución de semejante proyecto. Por eso, nada queda (de aquellas actividades críticas), excepto en España, donde es posible todavía encontrar algún débil vestigio apenas distinguible y a punto de desaparecer. Las ciencias mismas están al instante de extinguirse en los países del Occidente. "Dios es omnipotente sobre todas las cosas."

Supimos recientemente que en Oriente la práctica de corregir las obras bajo el dictado de personas que las han memorizado por vía de la tradición oral persiste todavía, cosa que permite verificar fácilmente la exactitud de los textos. Tal hecho se debe a los estímulos que las ciencias y las artes reciben en aquella región, así como lo mencionaremos más adelante. Debemos sin embargo advertir que en Oriente lo que queda de la buena caligrafía se encuentra únicamente entre los extranjeros. En Egipto, la escritura de los libros se ha vuelto tan mala, o peor que la del Magreb. ¡Dios mejor lo sabe y de Él procede toda asistencia!

⁶ En el siglo v de la hégira, los árabes nómadas establecidos en el Alto Egipto destruyeron Ifrikiya y el Magreb, y devastaron ambas comarcas a tal punto que jamás han podido recuperarse.